



**La crueldad y el miedo van de la mano
Análisis sobre la brutalidad policial dominicana
impuesta desde la era del dictador
Rafael Leonidas Trujillo
en Perros sueltos.**

**Elssie Cano
Hispanic/Latino Cultural Center of New York (HLCCNY)
USA**

Author: Juan Nicolás Tineo
Language: Spanish
Format: paperback, 52 pgs.
Editorial Buho, 2006. Dominican Republic
Publisher: Urpi Editores
ISBN: 0-9778822-2-5

El título de una obra literaria es una pista, un indicio, encierra un mensaje o resume el contenido del texto. *Perros sueltos* es el título escogido por Juan Nicolás Tineo para su novela. *Perros sueltos*. Leo el título y en mi mente aparece una manada de estos animales que fueron entrenados para matar y libres de cadenas y bozales corren furiosos en busca de víctimas, listos para atacar. “Perros Suelos” es el apelativo usado en el texto para nombrar a los hombres del Ejército Nacional Dominicano.

Para abrir la novela Juan Nicolás Tineo nos presenta una cita de su autoría: “Mientras en el mundo sigan naciendo ‘malvados’, las hostilidades no se acabarán” para decirnos de manera tremendamente pesimista su descreimiento en un mundo libre de violencia o para advertirnos que estamos frente a un texto donde la maldad, el abuso, la brutalidad son parte de este ambiente ficcional que, al igual que la realidad, está recreado sin alternativas, sin dar explicaciones, tal como se presentan los hechos. *Perros sueltos* tiene como eje los asesinatos perpetrados por miembros de la policía durante el mes de noviembre de 1991 y su relación con un pueblo que no logra desligarse del

pasado y que, acostumbrado a la violencia criminal, permite la maldad. En 13 capítulos cortos el narrador se presta a contar los crímenes que formaban parte de la exposición continua a la violencia en que vivía la gente de su país: “Estos actos eran comunes y se cometían con tanta frecuencia que ya eran vistos como normales, y aceptados por la mentalidad del dominicano. El dictador Trujillo los había impuesto y extendido hasta nuestros días” (18). En los capítulos III, VI, IX y XII los asesinatos son reportados de forma sensacionalista como una estrategia para agarrar al lector con el impacto que produce el crimen igual como lo hace la crónica roja: **¡Extra! ¡Extra! ¡Extra! ¡Extra!** (25, 33, 45, 51).

La historia está contada en primera persona por un narrador anónimo: “Mi nombre no importa, lo que sí importa es el asesinato que les voy a contar” (17). El narrador puede ser cualquier individuo dispuesto a detallar los hechos que se desencadenaron con la muerte de un ciudadano pero, en este caso, aunque no se conoce el nombre del narrador, se sabe que es escritor de oficio y que comparte con Sartre aquello de que como escritor su compromiso es la mediación. Y por ser escritor y por ese compromiso, la historia deja de ser un simple informe sensacionalista de la crónica roja para convertirse en un despertar de la conciencia, un motivo de reflexión y, a la vez, de rechazo a la barbarie. Bajo esta consideración, *Perros sueltos* señala las razones que llevan al narrador a hacer la denuncia al mismo tiempo que muestra la realidad social y cultural del país resultado de las atrocidades cometidas en el pasado. “Reitero, ‘mi nombre no importa’. Es más importante el motivo que me lleva a contar el asesinato del ex marino” (21).

En el narrador de *Perros sueltos* se advierte un estado de desaliento al encontrarse con la realidad social y psicológica que lo rodea. Ha estado años fuera del pueblo donde su vida corría peligro y, cuando regresa “para confirmar que esos tiempos de dictaduras habían quedado en el pasado” (47), encuentra que la gente vive en una felicidad fingida: “Exhiben en sus caras una sonrisa permanente y de apariencia casi eterna” (47), y la práctica de beber es tan normal que parece que solo borrachos pueden estar contentos. La impresión

que le produce el entorno social al que él mismo pertenece se traduce en los juicios que expresa para definir la personalidad del dominicano. Juicios que oscilan entre el elogio y la crítica, el orgullo y el desprecio. Sorprendido y un tanto defraudado confiesa “que la idiosincrasia del dominicano es muy susceptible” (18). Este razonamiento se sostiene al afirmar que el mismo pueblo que calla ante las desapariciones como si las admitiera se une dolido cuando las autoridades manejan la justicia a su antojo. Ese mismo pueblo al que no le interesa conocer su historia es valeroso, audaz y lucha como puede para defender su autonomía. “Pero como ‘en el amor y en la guerra todo se vale’, algunos de los dominicanos, por su patria, sacrificaron sus colmenas de abejas con las que producían el sustento de su familia” (19).

Novelas con la misma temática y escritas por autores contemporáneos como *La fiesta del chivo* de Mario Vargas Llosa o *En el tiempo de las mariposas* de Julia Álvarez se ambientaron durante o inmediatamente después del período pavoroso y sangriento del régimen del dictador Rafael Leonidas Trujillo. Los hechos narrados en *Perros sueltos* ocurren en 1991, treinta años más tarde de esa época brutal en la historia dominicana. Treinta años que, según nos asegura el narrador, no han logrado apaciguar el estado caótico implantado por el tirano: “Cuando me enteré de este crimen entendí que nada había cambiado en los treinta años pasados desde la muerte del dictador Leonidas Trujillo” (50). A pesar de sentir el peso del pasado y estar consciente que la violencia es una constante heredada, el narrador de *Perros sueltos* desestima los hechos históricos, no se detiene a contarlos y afirma: “Otra cosa que debo resaltar es que el dominicano no lee sobre la historia de su país y, por eso le cuesta asimilarla” (18) y, es esta consideración de la novela la que responsabiliza al lector a investigar, a indagar sobre los acontecimientos sangrientos causados por un “malvado”. En *Perros sueltos* no se dice de manera directa que el país era una gran cárcel en donde la vigilancia, el control, la tortura y los asesinatos constituían el orden del día. No se dice que para mantener sometidos a los adversarios políticos y al pueblo en general “El Jefe” utilizaba el ejército, el Servicio de Inteligencia Militar y una red de

“calieses” o espías para infiltrarse en la vida cotidiana de los ciudadanos. No se dice que su mayor logro fue obligar a los ciudadanos a colaborar activamente con el régimen o de lo contrario sufrir las consecuencias. Tampoco se menciona la formación o la dimensión psicológica del dictador para quien el gobierno fue una maquinaria al servicio de su engrandecimiento personal y la reconstrucción de la nación un pretexto para el enaltecimiento de su gloria.

A pesar de que la novela no hace un recuento de los años de tiranía como tampoco de los métodos utilizados para implantar el horror, los deja entrever a través de cinco poemas dedicados a cinco víctimas de la dictadura: “También, quiero hacer una aportación más de denuncia a los regímenes en el que un ciudadano apresado por La Policía -Ejercito Nacional- es acusado de cualquier cosa: de comunista, de conspirador, de traidor a la patria. Su sentencia es la pena de muerte instantánea” (22). Y fue la muerte brutal la que sufrieron Jesús de Galindez, un escritor, abogado y catedrático español, Rufino Rojas (Papano), un dirigente estudiantil del Movimiento Popular Dominicano (MPD) fusilado debajo de una cama; Ángela Guzmán, una estudiante que ni siquiera participaba en una protesta en el Centro Universitario Regional del Noroeste; Orlando Martínez, periodista que atacaba al gobierno; Narcizo González, profesor universitario opuesto al régimen.

La tesis de *Perros sueltos*: los crímenes son resultado del abuso policial y afectan gravemente a un pueblo que no logra desligarse del pasado, se mantiene a lo largo de la historia. Y para reafirmarla, al igual que mostrar el estado de violencia que se vivía en la República Dominicana, el narrador cede la voz narrativa a más de un personaje. Uno de ellos es el ex marino asesinado por el Ejército que, según el narrador, “había sido un buen militar” (37) y “Por ser bueno lo mataron” (37). Cuando estuvo activo, el ex marino se había ganado el prestigio de experto identificando todo tipo de droga. En la esquina, bajo la luz del poste, contaba sus hazañas imposibilitando el trabajo de los narcotraficantes. Otro es don Rafael, un obrero en las plantaciones de guineo en Mazanillo. Don Rafael salió a tomar el autobús para regresar a su casa en

Santiago dejando a su esposa en un hotelito. En el camino pasó frente al edificio de la Junta Central Electoral y un policía le preguntó si iba a sellar la cédula y “para que no digas todo lo que te viene a la boca” (43) lo subieron en un jeep rumbo a la prisión donde don Rafael iba a desaparecer. Para su buena suerte esto no pasó: “Si mi esposa no hubiera sido diligente, quizás me hubieran tirado al mar como a Galindez...” (43). David, otro personaje, era un joven maestro de escuela pública en la ciudad de Santiago que pasaba los fines de semana en el pueblo. David no estaba enterado que el sábado pasado El Tíguere, un muchacho del barrio, en una pelea, metió un cuchillo en el trasero de un guardia del Ejército Nacional. David tampoco sabía que como venganza el pueblo estaba bajo toque de queda ilegal y por no saberlo sufrió las consecuencias. Encontraron a David gritando, “y como loco daba vueltas y vueltas en el piso de cemento” (35).

El narrador deja ver, da constancia, que conoce la realidad de su país y su historia tanto como a su gente y su identidad social y cultural. Da constancia que nació y vivió la mayor parte de su vida en la República Dominicana, específicamente en Mao. El texto muestra usos lingüísticos propios del dominicano y hace referencia a personajes e historias de su tierra. Cuenta de los huracanes y las medidas preventivas no muy eficaces, de la cerveza Presidente y el ron Brugal, de “La Doña, una de las educadoras con más tiempo de servicio en el país” (18), de las tantas lecciones aprendidas sobre la Barranquita y de la valentía del maeño. Usa expresiones como: “un tíguere de barrio”, “No tiene uno pá coméi contimá pá sellái”, “Cooño”. Definitivamente, historias, anécdotas y usos lingüísticos propios del dominicano fortalecen el discurso añadiéndole credibilidad y autenticidad a la narración.

Perros sueltos tiene la virtud de exponer, sin adornos, la realidad presente que es la continuación histórica de un pasado caótico, además posee el atributo de incitar a la denuncia del abuso, de la maldad; de provocar la protesta ante la presencia permanente de la violencia criminal aunque sea prendiendo velas. Por el contrario, estas consideraciones están en contravía con la posición pesimista del narrador que no cree en la transformación de la



sociedad a la que pertenece, desconfía del cambio debido a la idiosincrasia de los miembros de la comunidad muchas veces apático ante la violencia y el crimen, tampoco propone soluciones a la situación causada por la violencia militar. En el capítulo XI, dos antes de finalizar la novela, el narrador deja vislumbrar su estado de ánimo, desmoralizado, dice que al regresar a su pueblo y conocer de la muerte de un ciudadano descubre “que nada había cambiado en los treinta años pasados desde la muerte del dictador Leonidas Trujillo; que los militares eran los mismos. Las técnicas de torturas y de abusos a los derechos humanos que habían aprendido en la Escuela Militar de Las Américas no habían variado” (50).

© **Elssie Cano**